

TORRES, Juana (ed.): *Officia Oratoris. Estrategias de persuasión en la literatura polémica cristiana (ss. I-V)*. Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones. Anejo XXIV. Madrid: Publicaciones Universidad Complutense, 2013. 218 pp. [ISBN: 978-84-669-3056-7].

Índice. Introducción (7-12); QUIROGA PUERTAS, Alberto J.: Léxico y ortodoxia religiosa en el Panarion de Epifanio de Salamis (13-19); PRINZIVALLI, Emanuela: Cristianesimo e cultura classica. Modalità retoriche in alcuni testi cristiani (I ex.-II in.) (21-34); Teresa SARDELLA: Il corpo come linguaggio: tra teorie, pratica e retorica (età martiriale e postmartiriale) (35-57); BARCELLONA, Rossana: La retorica dell' 'infanzia abbandonata' nel cristianesimo antico. Tra polemica e paretesi (59-76); HERRERO DE JÁUREGUI, Miguel: Factores de unidad compositiva en el Protréptico de Clemente Alejandrino: movimiento, polaridad y simetría (77-89); Ana ALONSO VENERO: El evemerismo como motivo retórico en la literatura apologética cristiana (91-116); POMER MONFERRER, Luis: Los exempla paganos en la literatura polémica cristiana: la figura de Dido (117-136); TORRES, Juana: Refutatio et persuasio en las obras apologéticas de Tertuliano (137-165); TEJA, Ramón: Constancio II, modelo de emperador cristiano en las Oraciones IV y V

de Gregorio de Nacianzo (167-177); ACERBI, Silvia: Gregorio de Nacianzo y Paladio de Helenópolis contra los malos obispos: diatriba cínica o rhetorical display? (179-199); CONDORELLI, Alberto: Oratoria classica e 'oratoria' cristiana: la causa paenitentiae in Cassiodoro (201-212)].

El título de un libro es muchas veces un poderoso señuelo que ejerce una atracción inmediata, una invitación a la lectura. A mí me ha ocurrido con el libro que ahora comento. El título, aún antes de abrir el libro, puede llevarnos de manera inmediata a imaginar cuál pueda ser su contenido, algo especialmente problemático si, como es el caso, no se trata de una obra unitaria sino la suma de once colaboraciones de autores con formación, preocupaciones y planteamientos heterogéneos, lo bastante diversos para preguntarse si la editora habrá conseguido someter a un criterio homogéneo los distintos trabajos aportados. Enfrentados ya a la lectura del libro, pareciera necesario, para emitir un juicio de los contenidos, una aproximación precautoria a los fundamentos de la retórica griega y la oratoria romana, incluso un repaso de nuestros conocimientos de esa literatura cristiana de polémica que el libro pretende analizar. Hacerse una serie de preguntas cuya respuesta uno esperaría encontrar en un libro con

esta declaración de intenciones que el encabezamiento propone. Yo me hice algunas: ¿Qué hay de específico en la oratoria cristiana?, ¿transformaron los autores cristianos los rudimentos retóricos para sus propios fines?, ¿introdujeron temas nuevos?, ¿construyeron discursos eficaces, registros adaptados a las distintas audiencias a que iban destinados?; pueden ser un punto de partida.

Los cristianos de los primeros siglos fueron hombres educados en la tradición clásica, primero esencialmente en la tradición helenística de lengua griega; a partir de mediados del siglo segundo, cuando el cristianismo empieza a encontrar acomodo entre los latinos hablantes del Imperio, su formación se adecuaría a los patrones de la tradición romana, en muchos aspectos coincidentes aunque con sus propias peculiaridades. Los autores cristianos partían por lo tanto de una formación condicionante y, además, está claro que para que un discurso sea atendible, y entendible, debe estar construido en un código que el oyente, o el lector, esté en condiciones de entender. La novedad no la puede representar por lo tanto la modalidad del discurso sino el mensaje y por supuesto el vocabulario.

Colocados en una perspectiva histórica ese mensaje y ese lenguaje debió adecuarse además a públicos y niveles muy distintos. Si pensamos en el primer cristianismo palestino, esquivo en las fuentes, debemos imaginar un público judío al que las parábolas de Jesús probablemente eran gratas y comprensibles. Pero esa es una realidad difusa y cronológicamente limitada, la retórica paulina presenta ya unos niveles sofisticados y es además

polifónica y polivalente, construida tanto para judíos helenizados como para un primer público gentil. Era necesario utilizar un lenguaje convincente, el primer cristianismo no era un «mero asunto de ritual o ejemplo ético, era un asunto de enseñanza, interpretación y definición. La nueva religión era esencialmente su discurso» (Princivalli). Pablo es consciente de que él está dando cuenta de una misma renovación del *ethos*, que anuncia una promesa de salvación y debe crear un lenguaje propio que no lleve a confusión.

Y la preeminencia del discurso en sus varias articulaciones y géneros —tratados, cartas, diatribas, discursos polémicos, homilias..., el *genus iudiciale* utilizado por Tertuliano en su *Apologeticum* (Torres)— permanece como una constante en el cristianismo. A pesar de la necesidad de un lenguaje propio, persuasivo y convincente, el mismo Lucas compone los *Hechos de los Apóstoles* según las reglas de base de la historiografía de Tucídides, y a pesar de las dificultades para incluir elementos de tradición judía como la creación y la resurrección en el discurso helenístico, los apologetas fueron capaces de demostrar la capacidad que el vehículo retórico tenía para incorporar el mensaje cristiano.

Esto fue especialmente válido cuando se trató de construir discursos de polémica y apología de la nueva religión. Los dioses paganos se iban a convertir en el objeto central de las invectivas cristianas. Tanto en aquellos discursos contruidos esencialmente para defenderse de las acusaciones de los gentiles como en los discursos de carácter protréptico, como el elaborado por Clemente de Alejandría, cuya

finalidad iba más allá constituyendo una exhortación a la conversión de los paganos.

En el primer caso, el de los apolo-gistas, no existe una preocupación por «explicar la doctrina y el ritual cristiano» (Alonso), su táctica será rechazar las acusaciones y contraatacar presentando una imagen estereotipada de la depravación del paganismo. Para ello no tendrán inconveniente en recurrir (a veces nombrándolo y otras no) a los *exempla* o a las argumentaciones presentadas por autores paganos, caso de Evemero de Mesina que había argumentado en un sentido racionalista sobre el origen mortal de los dioses paganos. Los cristianos utilizarán sus planteamientos para afirmar la mortalidad de los dioses paganos, a la vez que verán en la divinización de los soberanos, es el caso de Atenágoras, prueba del origen mortal de todos los dioses. Frente a lo que opondrán, es el caso de Orígenes, la divinidad indiscutible de Jesús. *Exempla* paganos que fueron utilizados como contrapunto, es el caso de la figura de Dido, también en literaturas de persuasión, de exhortación, dirigidas a la propia comunidad (Pomer).

Tanto la literatura apologista como la exhortatoria serán en la práctica «una combinación exitosa y original de diferentes géneros literarios» (Herrero). En ellas las referencias a poetas, filósofos o filólogos griegos (solo Taciano repudiará totalmente la filosofía pagana) se mezclan con las citas bíblicas, dando lugar en algunos casos, así por ejemplo en el Protréptico de Clemente de Alejandría, a «una pieza unitaria de extraordinaria calidad. Ágil, fluida, perfectamente orientada hacia la evidencia de la salvación, a cuya

búsqueda quiere forzar a la audiencia por medio de la conversión» (Herrero). De cara a los paganos, por lo tanto, los autores cristianos van a recurrir a vehículos tradicionales insertando en ellos un mensaje nuevo constantemente ensalzado: la salvación.

Ahora bien, las estrategias de la persuasión oratoria fueron utilizadas por los cristianos para sus propias polémicas internas, para introducir temas nuevos, hasta ahora ignorados, como «la retórica dell'infanzia abbandonata» (Barcellona). Para aportar incluso una propia gestualidad corporal adaptada a las nuevas circunstancias (Sardella). Una retórica utilizada en el debate ortodoxia / herejía, donde la búsqueda de un léxico correcto se vuelve obsesión, caso de Epifanio de Salamina que busca una exégesis correcta para combatir la *leptología*, la búsqueda de lecturas e interpretaciones que forzadas puedan llevar a la herejía (Quiroga).

Es posible que a la altura del siglo IV el discurso cristiano y la retórica hayan alcanzado un consenso. Hayan dejado de mirarse con recelo para llegar a un acuerdo. Si a Jerónimo le asaltaban ocasionalmente pesadillas porque utilizaba la misma boca y el mismo lenguaje para hablar sobre Júpiter que sobre el Dios verdadero, es posible que esos temores se hubiesen disipado entre la mayoría de los autores. Si la retórica había desempeñado un papel fundamental entre los apolo-gistas, pronto fue puesta también al servicio de las polémicas episcopales, por ejemplo, donde la sátira, también un recurso clásico, se convierte en un vehículo literario de primer orden. En este caso «la retórica al servicio de los odios eclesiásticos» (Acerbi) será capaz de crear páginas

donde la animadversión y el odio alcanzan cotas sublimes.

Desde otra perspectiva, Gregorio de Nazianzo en sus Oraciones no tendrá ningún escrúpulo en hacer del emperador Constancio un ser con características divinas en el más puro estilo pagano. Ensalzando una ortodoxia que nunca defendió lo que parece hacer de su autor un ignorante o un hombre vendido al poder. Sin embargo nadie puede o debe dudar del Nazianzeno, cuando él escribe estos textos de difícil asignación de género literario, lo que está haciendo es un *opus rethoricum*, un ejercicio oratorio cuya utilidad es persuasoria, sin finalidad histórica (Teja). Un ejercicio en aras de una unidad de la fe de los cristianos en un contexto de apoteosis fúnebre que copia los modelos paganos.

Cuando lleguemos al fin de la Antigüedad la retórica ha quedado tan integrada entre los instrumentos literarios cristianos que autores como Cassiodoro, quien sobrepasa en este caso el límite cronológico asignado en el título, serán capaces de recurrir a los instrumentos de la oratoria para una correcta comprensión del texto sagrado. De manera concreta «la identificación de los elementos retóricos en los salmos pueden ser interpretados gracias al conocimiento del saber profano» (Condorelli). La retórica definitivamente se ha cristianizado.

El libro comentado da respuesta satisfactoria a las preguntas que el título sugiere. Conseguirlo no es una empresa fácil por cuanto el carácter heterogéneo de la autoría y de los enfoques, de las obras y de los escritores estudiados, podría haber dado como resultado una mera acumulación. Por ello resulta obligado elogiar el trabajo

de la editora, capaz de aunar en una empresa única trabajos de gran mérito, que dispersos podrían haberse confundido en el revuelto flujo de una producción científica cada día más inabarcable.

Pablo C. Díaz
Universidad de Salamanca